

Los pobres reinventan la política

The poor reinvent politics

Jean Robert

Resumen: La modernidad ha modificado drásticamente la condición del pobre. En palabras de Iván Illich, el pobre moderno es un *pobre modernizado*, es decir un hombre obligado a consumir cotidianamente bienes que fueron otrora signos de riqueza. Por ejemplo, los pobres de los países ricos se ven constreñidos a usar el automóvil para ir al trabajo, pero comen peor que sus antepasados peatones.

Según el Banco Mundial, la condición de pobre se puede cuantificar: sería “pobre absoluto” quien percibe menos de un dólar por día, y “pobre relativo” quien gana menos de dos dólares. Según esta clasificación, aproximadamente dos terceras partes de los hombres son pobres. Un análisis epistemológico revela que reducidos a un número, definidos por lo que no son y no tienen, en vez de por lo que son y tienen, los pobres se ven negados en su ser, sus capacidades y potencialidades.

La catástrofe del Titanic, hace un siglo, sirve de ilustración de las consecuencias trágicas de ésta negación. Como la incapacidad del equipaje de esta nave de pasar el mando a gente más humilde y dotada de talentos prácticos, la impericia de las clases dirigentes actuales puede transformar una crisis cultural y económica en un desastre comparable.

El artículo aboga por un reconocimiento existencial y político de las capacidades negadas de los pobres, particularmente en el plano de las organizaciones políticas. Donde han logrado autodeterminarse, han mostrado disposiciones para lo que Sylvia Marcos califica de “relaciones políticas de proximidad”, una alternativa al vacío creado por la democracia formal.

Palabras claves: pobres, presupuesto, poder político, crisis.

Abstract: Modernity has drastically altered the poor's condition. In Ivan Illich's words, the modern poor is a *modernized poor*, that means a being compelled to consume daily goods that had been considered signs of wealth. For instance, the poor of the wealthy countries need an automobile to commute to work, but frequently eat worse than their grandparents who went to work walking.

According to the World Bank, the poor's condition can be quantified: he who earns less than one dollar a day is defined as an *absolute poor*, and as a *relative poor* if he gets less than two dollars. According to that classification, approximately two thirds of presently living humans are poor. An epistemological analysis reveals that, reduced to a number, defined by what they are not and have not, instead by what they are and have, the poor's abilities, capacities and potentialities are negated.

The Titanic's catastrophe, one century ago, is an illustration of the tragic consequences of this negation. Just as the officers' incapacity to pass the sinking ship's command to more humble, but more practical minds, the political incapacity of present-day dominating classes can transform a cultural and economic crisis into a comparable disaster.

The article pleads for an existential and political recognition of the poor's negated capacities, in particular in matter of small scale political organizations. Where they have achieved a certain degree of self-government, they have demonstrated special dispositions for what a Sylvia Marcos has defined as *political relations of proximity*, an alternative to the void created by large-scale media-dominated official politics.

Key words: poor, budget, political power, crisis.

Abril 2012 fue el mes T, el mes en que se recordó el naufragio del Titanic, verdadera ciudad flotante, por supuesto *insumergible*, que se hundió el 15 de abril de 1912 a las 2:20 horas de la mañana, en un mar absolutamente calmado, pero extremadamente frío (Pingeon, 2012). La catástrofe inició el día anterior, a las 23:40 horas, cuando la nave golpeó un témpano de hielo que hizo estallar los remaches que unían las placas de metal del casco sobre una distancia de varias decenas de metros. El agua del mar empezó inmediatamente a invadir la sala.

A la medianoche, uno de los ingenieros de los astilleros, que participaba en la travesía inaugural, ya había pronunciado su veredicto: debido a la longitud de la hendidura, los compartimentos estancos que dividían la sala no iban a detener el agua. Sin embargo, durante por lo menos toda la primera hora, la preocupación del capitán Smith, comandante de la nave, fue evitar que cundiera el pánico entre los pasajeros. Lo logró tan bien que los primeros que subieron a los botes salvavidas lo hicieron a regañadientes, para demostrar su buena voluntad en lo que tomaron por una precaución inútil: el Titanic era insumergible. La mayoría de los primeros botes en abandonar el navío estaban medio vacíos. Inicialmente, el Titanic tenía cuarenta botes con una capacidad suficiente para sus 2.227 pasajeros, incluida la tripulación. Pero, antes de iniciar el viaje hacia Nueva York, la dirección estimó que tantas embarcaciones —inútiles en un navío insumergible— estorbaban la vista de los pasajeros de primera clase en sus paseos por la cubierta, así que mandó quitar la mitad de ellas. Sin embargo, aún aplicando al pie de la letra las normas más estrictas, los veinte botes que quedaban tenían una capacidad suficiente para mil ciento setenta y ocho personas, número que, debido a que el mar estaba en perfecta calma, se hubiera podido elevar a mil quinientos. Sin embargo, a causa de la incredulidad inicial de los pasajeros y del respeto formal de las

normas de navegación en caso — ¡sumamente improbable! — de naufragio, sólo setecientos diez pasajeros accedieron a subir a los botes durante la primera hora y encontraron lugar en ellos a partir del momento en que el hundimiento de la nave se hizo evidente. Setecientos diez es también el número de los pasajeros que escaparon a la muerte esa fatídica noche de abril de 1912.

El Titanic había zarpado de Inglaterra con dos mil doscientos veintisiete pasajeros a bordo. Mil quinientas diecisiete personas, mujeres, niños, hombres, pasajeros y tripulantes desaparecieron con el navío. Los que se echaron al agua con sus chalecos salvavidas no se ahogaron, sino que murieron de hipotermia en un agua de mar, a una temperatura de – 2 grados centígrados. En el recuento realizado después del naufragio, se hizo la siguiente repartición de las víctimas por clase, género y edad:

1era clase: de trescientos treinta y siete pasajeros, ciento treinta y cinco murieron, 6% de las mujeres y los niños, 69% de los hombres;

2da clase: de doscientos setenta y un pasajeros, ciento cincuenta y uno murieron, 19% de las mujeres y los niños, 90% de los hombres;

3ra clase: de setecientos doce pasajeros, quinientos cuarenta y uno murieron, 56% de las mujeres y niños, 86% de los hombres;

tripulación: de los novecientos siete tripulantes, seiscientos ochenta y nueve murieron.

Se reportaron pocas escenas de violencia. Sin embargo, parece que la policía a bordo cuidó el capital del barco contra eventuales depredadores (sic). *Ex post*, los comentaristas de nuestra época se preguntan si los oficiales del navío se habían comprometido con cuidar éste capital para que llegase tan intacto como fuera posible al fondo del océano. No encontré ningún reporte de que algún pasajero o miembro de la tripulación hubiera intentado improvisar una balsa con las puertas,

mesas y muebles de madera o los recubrimientos de las paredes usando diversos recipientes como flotadores. Con la perspectiva y la fría imparcialidad del espectador lejano, no podemos dejar de preguntarnos lo que pudo paralizar hasta tal punto la imaginación creativa de los pasajeros y tripulantes.

Aparentemente, fueron los hombres de segunda clase los que se apegaron más estrictamente a la regla “las mujeres y los niños primero”, seguidos por los de primera y los de tercera clase. Sólo 40% de los pasajeros de primera murieron, 56% de los de segunda y 76% de los de tercera. Aunque en las películas difundidas en abril de 2012 se pudieron observar miembros del equipaje cerrando rejas bajo la amenaza de pistolas para impedir el acceso de los pasajeros de tercera a la cubierta, donde se hubieran mezclado con los pasajeros de primera, sería exagerado decir que éstos pasajeros de abajo fueron encerrados en la cala como ratones en su jaula. Simplemente, para evitar que sus pasos se cruzaran con los de los pasajeros de arriba, se les hizo el camino difícil. Muchos se perdieron en corredores laberínticos donde fueron alcanzados por las aguas.

Microcosmos de la modernidad industrial, el Titanic fue el escenario de lo que Boaventura de Souza Santos llama un epistemicidio: un exterminio de saberes empíricos. Algunos comentaristas han sugerido que, en nuestra época, este drama no se podría reproducir, debido a que la sociedad contemporánea se habría vuelto más igualitaria. Por lo menos, no estaría dividida tan rígidamente entre ricos y pobres, gente de cubierta y gente de cala, flexibilidad que permitiría una mejor circulación de los saberes. Considero que, si bien algo de la rigidez de las relaciones sociales de hace un siglo se ha perdido dentro de las naciones calificadas de “ricas”, en el mundo entero, la diferencia entre

ricos y pobres, de profunda que era, se ha vuelto abismal y que, en las emergencias múltiples que se anuncian, es extremadamente peligrosa.

Para enfatizar el estupor de los de arriba y su desprecio por los saberes empíricos calificados de inferiores, me permitiré usar un artilugio conceptual de mi amigo Jean-Pierre Dupuy, creador del “catastrofismo ilustrado” (2002: 39-40): la historia contra-factual. En sus formas simples, es simplemente la exploración de “lo que hubiera pasado, si...”. Por ejemplo, ¿qué hubiera pasado si, desde el momento en que supieron que la nave se estaba hundiendo, es decir poco después de medianoche, los oficiales hubieran ordenado un censo de todos los materiales y objetos capaces de flotar algunas horas en un mar calmado? Puertas, mesas, muebles y revestimientos de madera arrancados de las paredes, barriles de cerveza, toneles de vino y licores, recipientes diversos debidamente vaciados de su contenido de lujo, hubieran permitido improvisar balsas, e imagino que esta ciudad flotante no carecía de martillos, serruchos, desarmadores, clavos, tornillos, cuerdas. Con este censo en mano, lo mejor que hubieran podido hacer los jefes del mundo en desaparición —los responsables de conducir la embarcación—, hubiera sido pasar el mando a la gente de abajo, levantando todas las restricciones contra el reciclaje de bienes de prestigio para convertirlos en salvavidas. Las emergencias exigen una inversión del orden establecido. Si tal inversión no se prohíbe, la emergencia puede desembocar en emergencias múltiples, surgimiento de ideas tan novedosas como prácticas. El Titanic contenía demasiados objetos de gran valor, lo que impidió ver el mobiliario de sus salones bajo el único ángulo significativo después de la aceptación de la ineluctable catástrofe: ¿eran capaces de flotar, o no lo eran? La emergencia es primero un cambio de percepción radical del valor de las cosas. Si se permite esta revolución de la percepción, la

emergencia puede volverse múltiple y eventualmente salvadora. “En el miedo está la salvación”, decía el poeta Hölderlin. A condición que este miedo no sea pánico (Dupuy, 1991). Los más de setecientos pasajeros de tercera clase, con un fuerte contingente de artesanos, de hombres y mujeres de acción y de ideas prácticas encarnaban en abundancia saberes que, en ésta catástrofe, hubieran podido salvar a muchas personas. De todos modos, es imposible que “los de la cala” hubieran podido superar a los ricos pasajeros de cubierta en rigidez, incapacidad de enfrentar la realidad, falta de imaginación y de juicio. Hoy en día, en nuestro mundo, la incuria de los que se auto nombran dirigentes no deja presagiar mañanas que canten. Pero los de abajo no han dicho su última palabra.

I. Sombras de la riqueza

La ciudad de Bangalore, en el Estado sureño de Karnataka, apodada el *Silicone Valley* de la India, o la Ciudad Jardín, con casi siete millones de habitantes, es la cuarta ciudad en tamaño y la más rica de la India. Tiene barrios llamados *Times Square*, *Biscayne*, *Forest Hills*. En sus calles circulan más de cinco millones de coches.

En las grandes ciudades de la India, hay personas que no tienen otro espacio para dormir que un pedazo de banqueta. Son los *street people*, la gente de la calle.

La mayor industria cinematográfica del mundo es la de la India, país que se está transformando también en uno de los principales exportadores de automóviles, con una industria automotriz considerada como la sexta más grande del mundo.

Desde 1990, se empiezan a reportar suicidios de campesinos en la India, la cuarta parte, cinco mil en 2008, en el Estado de Maharashtra,

mil en el Estado de Karnataka, donde se encuentra la ciudad más rica del país. Lo que lleva a los campesinos al suicidio es el endeudamiento debido a una conjunción de factores: grandes empresas como Monsanto ejercen un monopolio sobre el mercado de las semillas, que abastecen con organismos manipulados genéticamente. Esos organismos modificados genéticamente (OMG) gozan de protecciones gubernamentales y de leyes que niegan a los campesinos el derecho ancestral de producir sus propias semillas. Las variedades de arroz promovidas por el gobierno y el mercado son desnaturalizadas de tal manera que la segunda generación sea estéril, para obligar a los cultivadores a comprar semillas antes de cada siembra. Además, al contrario de lo que ocurre con las variedades tradicionales, las plantas nacidas de “semillas mejoradas” requieren irrigación, pesticidas y fertilizantes en grandes cantidades, de manera que los costos de producción suben desproporcionadamente, mientras los precios de venta bajan debido a la competencia de productos agrícolas subsidiados¹.

¹ Uno de los documentos presentados en la Conferencia de Jefes de Estado en Johannesburgo en 2002, establecía que el conjunto de países industrializados del Norte entregan regularmente a sus agricultores una subvención anual de más de trescientos cincuenta mil millones de dólares, es decir, cerca de mil millones de dólares por día, para permitirles acabar con todas las economías de subsistencia de quienes viven todavía de sus propios recursos, asegurado que los países industrializados puedan exportar sus productos alimenticios en el mundo entero, desafiando cualquier competencia local. Es significativo que este “dumping” legalmente mantenido por la mayor parte de los protagonistas de la mundialización nunca sea presentado como tal, es decir, como una operación de envergadura mundial para asfixiar a todos los pobres del mundo, en particular a los agricultores y a los campesinos que dependen de sus economías de subsistencia.

Lee Kyoung-Hae, el campesino coreano que se suicidó en la conferencia de la OMC en Cancún, en septiembre del 2003, declaró en una carta de despedida que distribuyó entre los participantes: “Por cierto, los programas de reforma de la agricultura coreana aumentaron la producción individual de los campesinos (...) Pero, los precios sobre el mercado interno cayeron frecuentemente a la cuarta parte” (Perez-Vitoria, 2005: 115).

La India sigue siendo un país agrario, con más de la mitad de la población directa o indirectamente ocupada en la agricultura. Al mismo tiempo, se está volviendo una de las mayores potencias industriales del mundo. Economistas de la India han llegado a la conclusión de que, en su país, la riqueza generada en la industria no filtra hacia el resto de la sociedad. Lo que no logran explicar, es por qué la riqueza industrial *no puede y nunca podrá* mejorar la suerte de la mitad agraria y pobre del país. El sector industrial se está volviendo cada vez más rico, mientras que el campesinado no deja de empobrecerse, alcanzando este límite que Majid Rahnema definió como el punto en que “la miseria echa fuera a la pobreza” (2003). En los países sin subsidios para la agricultura, los campesinos están alcanzando éste límite.

Según el Instituto Internacional de Investigación sobre la Paz de Estocolmo (SIPRI), en 2007 los gastos militares en el mundo alcanzaron mil trescientos treinta y nueve millones de dólares, lo que corresponde a unos ciento cincuenta dólares por habitante del planeta, un aumento del 45 % desde 1998. Ocho países poseen veinticinco mil cabezas nucleares. Comentando estas cifras, el periódico *Le Monde* del 11 de junio de 2008 anota que los gastos militares norteamericanos han aumentado en un 59 % desde el 2001². Mientras tanto, se gastaron cuatrocientos cincuenta mil millones anuales en publicidad³.

² Los gastos militares americanos han aumentado en un 59 % desde el 2001, un monto sin equivalente desde la Segunda Guerra Mundial. Esta progresión, que es mundial, añade *Le Monde*, “hace a algunos felices: los cien primeros productores de armamentos han realizado una cifra de negocios de 315 mil millones de dólares en el 2006, una progresión de 9 % frente al año precedente. 41 empresas americanas han realizado un 63 % de esta cifra de negocios, contra un 29 % en relación a las 34 primeras empresas europeas” (11 de junio, 2008).

³ Según un estudio publicado por el Instituto Audiovisual y de Telecomunicaciones en Europa (Idate), las inversiones publicitarias han aumentado en trescientos cuatro mil 0 millones de euros en 2007. El estudio subraya que, si bien la prensa y la televisión dominan todavía el mercado, Internet es de lejos el vendedor de publicidad más dinámico, con un 32,4 % de partes de mercado para este mismo año.

En los Estados Unidos, el grupo de los trescientos mil ciudadanos más ricos gana en conjunto tanto como los ciento cincuenta millones relativamente más pobres. En el mundo, el grupo de los quinientos individuos más ricos gana tanto como los cuatrocientos dieciséis millones más pobres. El abismo entre “ricos” y “pobres” se ensancha cada año conforme a una ley no elucidada que parece decir que entre más ricos se vuelven los “ricos” y más poder conquistan como grupo o clase, más míseros y numerosos se hacen los “pobres”. Pongo los términos “ricos” y “pobres” entre comillas, porque creo que, conforme crece tanto el número de los sobre-ricos como el de los extremadamente pobres, la definición de la riqueza y de la pobreza se va modificando en forma simultánea e interdependiente. A consecuencia, en vez de hablar de “ricos” y de “pobres”, deberíamos hablar de un síndrome general de sobre-enriquecimiento agudo de pocos en un mundo mayoritariamente pobre y, por otro lado, de la miserabilización galopante de los pobres que pueblan los desiertos de asfalto al pie de las torres de Babel del poder.

II. Miserabilización de las multitudes pobres, sobre-enriquecimiento de pocos ricos

En cierta forma, esos extremos se tocan. La miseria no es sólo falta de bienes, de abrigo y protección contra el frío o el calor. Es, quizás ante todo, un estado de privación de relaciones humanas, una atomización, es decir un extremo empobrecimiento de los tejidos sociales. La pobreza no se reduce tampoco a la falta de alimentos. Tiene que ver con ello, pero no es su característica primordial. Según las entrevistas de miles de pobres modernos realizadas para el Banco mundial por Deepa Narayan y su equipo, lo más duro en la pobreza

moderna es la inexistencia social, la negación de la interlocución política y la indignidad (2001: 277). Obviamente, la Sra. Narayan no entiende la diferencia esencial entre pobreza y miseria. La pobreza tradicional no suele ser la falta de subsistencia. Como Deepa Narayan entiende la “pobreza”, es la falta de lo más necesario; confunde la pobreza con la miseria (Rahnema, 2003). Antes de conocer el hambre aguda, los “pobres” sufren por ser discriminados, debilitados, ninguneados, confinados en tierras de nadie; antes de ser aniquilados u orillados al suicidio, su existencia es negada simbólicamente.

Varios antropólogos⁴ han descrito como, en los pueblos mal llamados primitivos, la penuria incita a reforzar los lazos de solidaridad y la generosidad, hasta un punto de no retorno a partir del cual el hambre extrema parece encerrar a cada quien en una burbuja de impotencia egoísta. Este punto es el umbral a partir del cual la miseria echa fuera a la pobreza.

Por su lado, quien sufre del síndrome de sobre-riqueza cree vivir en un mundo en que todo se compra, y hasta las relaciones más íntimas, para él, se han vuelto mercancías: el sobre-rico ya no vive, sino sobrevive y debe pagarlo. Los servicios de seguridad que cree necesitar ensanchan la franja de vacío social que rodea a su persona. Hasta de lo que los demás reciben gratuitamente, él tiene que preguntarse si no es su dinero el que lo obtiene. Alguien le proclama su amor, pero expresa una simpatía exagerada por su inteligencia, su belleza, su elocuencia. La mirada del admirador ya no lo engrandece, mostrándole quien puede ser por y para los demás. Carente de fe en su sinceridad, no puede devolver una mirada, sólo la puede capitalizar: me envidian porque soy rico, soy rico para que me envidien. El sobre-rico es prisionero de una

⁴ Ver Jared M. Diamond (2005), *How Societies Choose to Fail or Succeed*, New York: Penguin.

galería de los espejos que lo ciegan a la realidad. En su mundo especular, sólo valen las posiciones relativas en la *Bolsa de todos los Valores*.

III. No hay ni pobreza, ni riqueza absolutas

La pobreza no existe *en sí*, la riqueza tampoco. Sólo existe la relación entre pobreza y riqueza. En la sociedad moderna, lo que existe es el abismo cada vez más profundo entre la extrema pobreza y la excesiva riqueza. Sólo existe la creciente desproporción entre los que aún subsisten en metabolismo con la naturaleza (la expresión es de Marx, ver Marshall Sahlins, *Culture and Practical Reason*) y los que se imaginan haber abolido toda dependencia de la naturaleza, “esta arcaica formación no-capitalista”, como ironizaba un estudiante mío. Sólo prevalece la doble catástrofe de la pauperización de los que aún producen lo que comen y del sobre-enriquecimiento de algunos de los que creen derivar su sustento de valores económicos y proclaman que “el dinero produce dinero” lo que, en su palacio de los espejos, parece cierto. El hecho decisivo, escribía Rosa Luxemburgo en 1913, [...] es que la plusvalía no puede ser creada [únicamente] ni por los trabajadores ni por los capitalistas, sino más bien por capas de la sociedad o sociedades que no producen en forma capitalista⁵.

¿Quiénes son estos “trabajadores no capitalistas” que no producen mercancías a cambio de un salario? Es la mayoría de las mujeres y hombres reales: las mujeres en sus hogares, los campesinos de subsistencia, el “ejército” de los marginados, la familia de los

⁵ Rosa Luxemburgo, *Die Akkumulation des Kapitals. Ein Beitrag zur ökonomischen Erklärung des Imperialismus (La acumulación del capital. Contribución a una explicación económica del imperialismo)*, (1970: 274). Traducción de Jean Robert.

trabajadores, los “trabajadores” de la calle y los trabajadores fuera de sus horarios de trabajo. Cuando inundaba el mundo con “vochos”, la empresa Volkswagen desplazó en varias ocasiones sus plantas productivas a países del tercer mundo donde podía pagar a sus trabajadores una fracción de lo que les costaban en Alemania. Hay estudios de los mecanismos de acumulación en la planta VW de São Paulo, por ejemplo. Muchos trabajadores vivían en casas “auto-construidas”, sus esposas e hijas sostenían la economía doméstica, sus hijos obtenían algún sustento de la economía informal. Cuando estas posibilidades de sustentos adicionales empezaron a desaparecer, Volkswagen cerró su planta de São Paulo.

Decir que el capitalismo vive de formaciones no-capitalistas, es decir, más exactamente, que vive de la depredación de esas formaciones; y, si necesita el medio no-capitalista con fines de acumulación, lo necesita como una tierra nodriza, un humus fértil a cuyas expensas la acumulación puede realizarse por absorción. En una perspectiva histórica, la acumulación de capital es un proceso metabólico que se desenvuelve entre modos de producción capitalistas y no-capitalistas. La acumulación no puede efectuarse sin esos últimos, pero además, considerada desde el lado [de las formaciones no-capitalistas], la acumulación consiste en su corrosión y su asimilación. Tan poco puede existir la acumulación capitalista sin las formaciones no-capitalistas, como éstas pueden seguir existiendo al lado de aquella. La desagregación continua y progresiva de las formaciones no-capitalistas es la condición de existencia del capital (Luxemburgo, 1970: 334).

La producción capitalista no es una creación de valores *ex nihilo* (Tamanoy, Tsuchida y Murota, 1984: 279-294). La acumulación del capital tampoco es sólo una relación entre el Capital y el Trabajo, el primero explotando el segundo. Es también una relación del proceso de

producción formado por el Capital y el Trabajo con un tercero⁶ que es alternativamente la naturaleza, la cultura, la tradición, el mundo vernáculo, la “economía” de subsistencia y sus saberes, verdadero humus que el proceso de producción capitalista va consumiendo. La estructura-guerra del capital es inseparable de su capacidad de descubrir siempre nuevos mantillos por explotar, consumir y destruir. Antiguamente, los de arriba se alimentaban de los llamados “excedentes” de los campesinos, dejando a estos un amplio margen de libertad y brindándoles varios contra-servicios: defensa, caminos más o menos seguros, mercados, molinos y hornos comunes, protección en las ciudades. Hoy en cambio, la cultura campesina tradicional ha sido en gran medida destruida, “consumida”, el campo reducido a sus elementos: espacios de expansión, reservas de especies botánicas y zoológicas, minerales, poblaciones desarraigadas y manipulables a voluntad (Duden, 1992: 146-157)⁷.

Las grandes crisis de la historia reciente siempre han sido marcadas por una modificación de la relación entre pobres y ricos que también afecta la relación entre formas de subsistencia no-capitalistas y la economía capitalista. Algunas revoluciones parecieron nivelar la brecha entre ellas, sobre todo en sus fases iniciales, pero a la larga, una vez instalados los profesionales de la revolución, la zanja entre pobres y ricos ha frecuentemente sido, no sólo restablecida, sino ensanchada,

⁶ Es evidente que, para sus representantes carnales, el Capital y el Trabajo no son sólo antagónicos, sino muy diferentes. Sin embargo, para los terceros no-capitalistas cuyos ámbitos de comunidad, medio natural y costumbres son negados por el proceso de producción capitalista, los antagonistas son dobles miméticos mientras los trabajadores no se solidarizan con sus “víctimas”, las formaciones no-capitalistas.

⁷ (La traducción española de *The Development Dictionary. A guide to Knowledge as Power* ha sido publicada por tres editoriales regionales, una peruana, una boliviana y otra mexicana bajo el título de *El diccionario del desarrollo*. Versión peruana disponible con el autor de éste ensayo). El mismo concepto de “población” es parte del desarraigo y de la “movilización total” de la gente pobre.

razón por la que Karl Polanyi pudo definir la historia de la modernidad como una sucesión de revoluciones de los ricos contra los pobres. A fines de la Segunda Guerra Mundial, el mismo Polanyi vaticinaba que el capitalismo no iba a poder sobrevivir a la guerra que engendró y que otro mundo era por fin posible. Polanyi percibió correctamente que el capitalismo ya no iba a poder consumir-explotar sus mantillos tradicionales, es decir las formaciones no capitalistas que la guerra acababa de destruir. Lo que no previó es que lograría analizarlos científicamente y descomponerlos en elementos manipulables y combinables: metros cuadrados, genomas, minerales, H₂O, poblaciones flotantes, riesgos controlados estadísticamente, elementos peligrosos identificables. Lo que ocurrió después de la Segunda Guerra Mundial, es la construcción de un mundo idealmente artificial, es decir, negador de toda concepción y percepción de la naturaleza como “lo que nace”. Más de medio siglo después, Marcos, el portavoz y subcomandante zapatista, no puede tener la ilusión de Polanyi: la estructura “guerra” parece ser la estructura misma del capitalismo. Sobrevive a una guerra particular instigando otra. Sustituye un mantillo agotado por reacomodos territoriales a escala cada vez mayor y una reducción a sus elementos de toda riqueza dada, es decir natural – como el agua. El último de los mantillos por consumir y corromper es el tejido social. Destrozado éste, sólo queda, brutal, la estructura-guerra de la economía – cualquiera sea el adjetivo con él que se adorne.

Según nuestra concepción, hay varias constantes en las llamadas guerras mundiales, sea la Primera Guerra Mundial, la Segunda o las que nosotros llamamos la Tercera y la Cuarta. Una de esas constantes es la conquista de territorios y su reorganización. Si consultan un mapamundi, van a ver que al término de cualquier guerra mundial hubo

cambios, no sólo en la conquista de territorios sino en las formas de organización (Marcos, 2010)⁸.

No tener la ilusión de que el fin de una guerra pudiera de por sí anunciar el fin del capitalismo no implica no tener esperanza. Si el capitalismo tiene la estructura de una guerra, es que la guerra es su medio natural. Prospera de ella y la vuelve a fomentar si es amenazado en su hegemonía. Propuestas recientes de la sociología francesa confirman estas intuiciones. El fin de la Segunda Guerra Mundial coincidió con dos fenómenos sólo aparentemente contradictorios, uno en el interior de los países “vencedores” alineados con los Estados Unidos y el otro en sus fronteras con el entonces “otro” mundo, el campo llamado “socialista”, de obediencia soviética.

1. Interiormente, fue el inicio de “*Les Trente Glorieuses*”, los “Treinta [años] Gloriosos”, en que se pudo creer en la posibilidad de un capitalismo con rostro humano, mientras que fue en realidad la máscara que tapó uno de los mayores genocidios de la historia: la supresión planificada del campesinado europeo.

2. Exteriormente, la post-guerra fue el inicio del periodo de la Guerra Fría, que los Zapatistas llaman “la Tercera Guerra Mundial”. Ya que en esos años “hubo una conquista de territorios y una reorganización” de ellos, es correcto, según la definición zapatista, calificarlos de tiempo de guerra.

⁸ En “Pensar desde el abismo”, carta leída en la Universidad de la Tierra de Chiapas en fin de año 2011-2012, Gustavo Esteva comentó: “El 20 de noviembre de 1999 (...), el subcomandante Marcos describió en La Realidad las características de la Cuarta Guerra Mundial. (...) En junio de 2007 amplió la descripción. Hizo ver que por fin había una guerra mundial totalmente total. Nos dijo, un año antes de la caída de Lehman Brothers, que “empresas y estados se derrumban en minutos, pero no por las tormentas de las revoluciones proletarias sino por los embates de los huracanes financieros”. Señaló también que el neoliberalismo “destruye todas las falacias discursivas de la ideología capitalista: en el nuevo orden mundial no hay ni democracia, ni libertad, ni igualdad, ni fraternidad”. Ver Marcos, “Siete piezas sueltas del rompecabezas mundial”, junio de 2007.

Retrospectivamente, a la luz del desencanto de los años 1990, el examen de lo que pasó en Europa durante los “Treinta Años Gloriosos” hace efectivamente pensar en una doble guerra, guerra civil en el interior, guerra no declarada, y sin embargo violenta en el exterior. Interiormente, el agresor no hablaba de conquista, sino de satisfacción de necesidades y de las infraestructuras necesarias, de mercados, de normas de calidad, de certificaciones. Sorprendió al agredido en terrenos tan nuevos que éste no los entendió. Hábiles encuestas metamorfosearon al ciudadano en el consumidor universal del mañana. Lo volvieron cliente endémico —literalmente: el que escucha sin hablar— de una oscura “tecno-estructura” capaz de diagnosticar sus “necesidades” aun antes de que él las haya expresado. Desprovisto de su dignidad de ciudadano, el consumidor se volvió espectador mudo, indefenso y hasta cómplice de la conquista de sus territorios y de la desorganización y reorganización de su sociedad. Fue una guerra llevada unilateralmente contra una víctima “pasiva” y “apática” que, incapaz de entender lo que se le venía encima, se adelantaba a los deseos del conquistador interno. Fueron años en que, por compartir algunas ventajas de un capitalismo disfrazado de “benefactor”, los campesinos perdieron sus territorios y los trabajadores renunciaron al espíritu de las luchas obreras del siglo anterior.

En *La gran transformación* (1989), Karl Polanyi había descrito la dialéctica que permitió a los trabajadores humanizar la civilización de la máquina. Pero, a partir de los años cincuenta, en las sociedades ricas de las laderas del Atlántico Norte, se pudo pensar que el crecimiento económico de por sí lograría pronto acabar con el “espectro de la pobreza”. Pocos pudieron prever que, despedida la cultura de la pobreza —la posibilidad del buen vivir en la pobreza—, se iba a generalizar la miseria. De hecho, durante treinta años, la economía de

los países ricos no dejó de crecer mientras que estos despojaban a los países pobres. Esto permitió asalariar a las mujeres en gran número, reducir las horas de trabajo a la vez que aumentar salarios y prestaciones, generalizar las vacaciones pagadas y los seguros de enfermedad. Pero esto implicó también cambios menos visibles pero más profundos: el artesanado local fue poco a poco liquidado por la importación de bienes industriales, las pequeñas industrias fueron hechas pedazos y sus actores absorbidos por nuevos tipos de trabajos asalariados. La configuración de los países tocados por la ola de abundancia mercantil fue transformada en su totalidad: mutación irreversible del territorio, transformación de la relación entre ciudad y lo que fue el campo, que se parece ahora a un suburbio generalizado. Lo que Iván Illich llamó el trabajo fantasma empezó a cubrir el trabajo asalariado bajo su cada vez más larga sombra⁹. Se requeriría un nuevo Polanyi para analizar en detalle como esta devastación interna, complementaria del pillaje externo, fue condición del destello de aparente prosperidad que paralizó el espíritu crítico de muchos intelectuales y pobres de los países ricos. Asistieron atónitos a la alteración de las relaciones entre la metrópolis y las otras ciudades, a la formación de grandes grupos económicos y financieros dotados de poderes de decisión superiores a los de los ciudadanos, a la división taylorista de las tareas entre países antes autárquicos, a la aplicación de la racionalidad industrial en el sector de los servicios (Davezies y

⁹ El trabajo fantasma se puede definir como el trabajo no asalariado y generalmente femenino necesario para transformar mercancías adquiridas en el supermercado en alimentos de la mesa familiar, o el trabajo generalmente masculino no asalariado para transportar el cuerpo de los trabajadores hacia los lugares donde se puede vender como fuerza de trabajo. En la medida en que siguen teniendo alguna connotación de género, la vertiente "femenina" del trabajo fantasma es el trabajo doméstico, mientras que su versión "masculina" es la pendularidad o esclavitud de los largos desplazamientos diarios entre el domicilio y el lugar de trabajo asalariado (Illich, 2008: 41-177).

Veltz, 2006). Vieron como algunas metrópolis se volvieron motores predominantes de la economía mientras que los territorios “atrasados” empezaban a vaciarse y a volverse tierras de nadie. No pudieron ignorar que la riqueza se concentraba en pocos centros urbanos mientras que el campo se hacía cada vez más pobre y despoblado. ¡Qué importa!, les decían los economistas y sus siervos políticos: mientras estas mutaciones creen empleo, todo va bien. Y demasiados de ellos se fueron con la finta. *Empleo* era entonces una palabra mágica, su crecimiento a toda costa, el programa de todos los políticos y la base de todas sus promesas. Otros treinta años más tarde, con el Empleo por los suelos y el Euro tambaleante, Angela Merkel, en una advertencia al nuevo Presidente de Francia, continúa hablando como si pudiera haber un retorno pacífico a esa época de promesas cumplidas de crecimiento a costas de profundas devastaciones internas y externas. Tiene a los ricos de su lado. Ceguera de arriba premonitrice de catástrofes.

En resumen, ésta época, caracterizada en el exterior de los países ricos por la Guerra Fría, lo fue interiormente por el crecimiento económico, alimentado en gran medida en el despojo de la parte pobre del mundo, como lo describió Eduardo Galeano en *La venas abiertas de América Latina* respecto al pillaje de América Latina.

A partir del fin de la guerra fría, con la desaparición del campo socialista y la reorganización de sus territorios y relaciones sociales según versiones desenfrenadas de las recetas experimentadas durante los “años gloriosos”, empezó algo que los Zapatistas llaman la Cuarta Guerra Mundial, que “se realiza ahora entre los grandes centros financieros, con escenarios totales y con una intensidad aguda y constante” (Marcos, 2010). Quizás la línea del análisis se vuelva algo temblorosa aquí. Es que ya no se trata de sobrevolar una época pasada

aunque reciente, sino de entender el tiempo actual. No se trata de historia hecha, sino de historia que se hace, hoy, de *genealogía* del presente más que de historia. El tiempo actual está, más que nunca, caracterizado por despoblamientos y repoblamientos de territorios, por desorganizaciones sociales seguidas por reorganizaciones desde arriba. Si bien en el tiempo de Rosa Luxemburgo, la acumulación capitalista se efectuaba gracias a la desagregación continua y progresiva de las formaciones no-capitalistas, cien años más tarde, desarticuladas éstas, la acumulación capitalista se basa en el despojo físico de los territorios: extracción minera, deforestación, trasvases de agua, aniquilamiento de variedades botánicas sobrias en insumos comerciales.

Pero es también el momento en que los que fueron demasiado tiempo reducidos al silencio levantan su voz para decir que no es *su* guerra. Sabrán ser soldados, si de defender su territorio se trata, pero la guerra no es *su* proyecto. Saben pensar, pero su pensamiento se alimenta de fuentes que escapan a la lógica de las guerras económicas sin desconocerla. Abiertos a los vientos del mundo grande, saben crear conceptos para entenderlo y con ello, renovar este arte de lo posible que es la política; y, lo que no saben, lo saben aprender. Pero he aquí que algunos de sus posibles son imposibles según las doctrinas políticas y las prácticas económicas dominantes. Como por ejemplo la idea que una rebelión pacífica contra el sistema capitalista —un sistema que es guerra— es posible. Que la paz de la gente de abajo puede desarmar la guerra que viene de arriba. Esperanza de tiempos desesperados. Esperanza abajo y a la izquierda de las expectativas

racionales. Ríos de la esperanza que, decía Paul Celan, fluyen al norte del futuro¹⁰.

IV. Carestía y escasez

El ensanchamiento del abismo entre pobres y ricos puede ser anunciador de crisis mayores por venir: extrema carestía alimenticia, hambrunas, nuevas formas de escasez. Si bien es cierto que estamos en una emergencia nacional —y que, como no lo supo hacer la gente de arriba con saberes empíricos disminuidos que ejercía el poder en el Titanic, será sólo apreciando la dimensión de la catástrofe que podremos evitar el naufragio—, he decidido no hablar, aquí, de la violencia que azota a nuestro país.

La carestía es una experiencia vivida, la escasez es el axioma fundamental de la economía. No siempre fue así; no lo era en los tiempos en que la palabra economía significaba literalmente subsistencia casera, pero es así desde el siglo XVIII. Significa que, después de ésta época, vivir en un orden económico empezó a ser una experiencia endémica de la escasez, pero no siempre de la carestía. O mejor dicho, la escasez es la tela de fondo de la economía (por supuesto moderna, capitalista, pero ¿hay otra?). La carestía es un motivo, parecido a un dibujo en una alfombra, que no se encuentra necesariamente en todas partes. Es una situación de precios altos debida a una penuria material: lo que gano no es suficiente para cubrir mis necesidades. En cambio, como lo mostró Paul Dumouchel (1979) la escasez no se actualiza necesariamente en una relación directa con

¹⁰ “En los ríos al norte del futuro/ aviento la red que tu / cargas hesitando con / sombras gravadas en piedras.” Re traducido de *A voice... Translation of Selected Poems* by Paul Celan, Oreno (ME) (1998: 83). (El poema original de Celan ha sido publicado en el volumen *Atemwende*).

cantidades existentes – una falta o penuria. Un bien puede ser a la vez abundante y escaso. Es el caso, hoy, del agua, que nunca ha fluido en mayores cantidades en las tuberías¹¹. La escasez de agua no es la simple falta de agua. Se entiende a partir de la definición de la economía liberal, o más estrictamente hablando, de la definición que, desde el siglo XVIII, la *tradición liberal* da a la palabra economía. Para la tradición que formalizó la relación capitalista, la economía es la asignación de medios limitados a fines alternativos (o ilimitados); la escasez es la tensión entre lo limitado de los primeros y lo ilimitado de los segundos. O, en una definición más descriptiva: la economía es la observación de fenómenos de formación de valor bajo la presión de la escasez. No hay economía moderna sin escasez. Tampoco hay, estrictamente hablando, escasez sin economía moderna —podrá haber falta, insuficiencia, penuria. Insistamos: la escasez es el axioma fundamental de la ciencia económica. De la misma manera que la “pobreza” acompaña la riqueza como su sombra —o al revés— la escasez de alimentos suele coincidir con su sobreproducción. Los buenos espíritus dirán entonces que no es que falten alimentos, sino mejores redes para su distribución. Esa aseveración hace parte de las falacias sobre la escasez. Escaso es un simple sinónimo de económico en el sentido moderno, diametralmente opuesto al que le daba Aristóteles, de relativo a la subsistencia de la casa.

¹¹ Sajay Samuel y Jean Robert (2011), “Water Can and Ought to Run Freely: Reflections of the Notion of ‘Scarcity’ in Economics”, *The Limits to Scarcity. Contesting the Politics of Allocation*, New Dehli: Orient Blackswan, pp. 109-126. Sobre la escasez de tierra en el espacio moderno: Jean Robert (2007), “Place in the Space Age”, *Asking, we walk. The South as new political imaginary*, Book Two, Bangalore: Streelekha Publications, pp. 330-350. Ver también, Jean Robert (1998), *Raum und Geschichte*, Hagen: FernUniversität, 1998.

V. Himalayas de riqueza al lado de simas de miseria

Aun los más ciegos entre los economistas empiezan a vislumbrar que la economía moderna —la que emana de la tradición liberal— es una máquina para producir niveles increíbles de riqueza al lado de abismos de miseria. Sin embargo, los que lo entienden no lo dicen en público, sino que sólo lo confían a sus clientes. Los economistas que se dignan a abordar el tema de la “pobreza” la confunden —o fingen confundirla— con la miseria. Esta confusión es parte de la ceguera selectiva adquirida que es condición del ejercicio de su profesión: el economista que se atreviera a quitarse esas orejeras dejaría *ipso facto* de ser economista, como le ocurrió al economista matemático Jean-Pierre Dupuy que, a fuerza de investigar los fundamentos epistémicos de su ciencia, descubrió que sus fórmulas influyen en situaciones que se parecen más a la violencia sacrificial que a la búsqueda de la eficiencia en la consideración de los “concernimientos”. Dejó de ser economista y se hizo filósofo.

Me imagino que en años venideros, los historiadores de la economía se sorprenderán de que los economistas de antes del desvelamiento del 2008 (iniciada por la crisis de hipotecas en los EUA) —¿habrá sido el equivalente de lo que fue la primera hora del 15 de abril 1912 a bordo del Titanic?— no vieron lo que los fundadores de la tradición liberal veían con toda claridad. Éstos pioneros de la economía moderna no se consideraban economistas profesionales en el sentido de hoy, sino pensadores generales, filósofos —como Edmund Burke (1729-1797)—, conocedores de los sentimientos humanos —como Adam Smith (1723-1790)—, reverendos y hombres políticos —como Joseph Townsend (1739-1816)—, o empresarios capaces de sacar provecho hasta de las cárceles —como Jeremy Bentham (1748-1832)—. Una frase que da

prurito a los economistas de hoy no hubiera chocado ni a Burke, ni a Townsend ni a Bentham, pero quizás al refinado Adam Smith, amigo de moralistas y teólogos de la gran tradición escocesa. La economía moderna es una máquina de producir simultáneamente montones de riqueza ni siquiera imaginables por nuestros ancestros y abismos de miseria que tampoco conocieron. La miseria acompaña la riqueza como la sombra acompaña la luz. (“Paul Grenier” es un seudónimo que uso a veces en Francia. Si me piden renunciar a esta ficción, simplemente quitaré las comillas). En palabras de un testigo del siglo XVIII, John M’Farlane, en sus meditaciones sobre la pobreza en la nación más rica del siglo XVIII: “No es en las naciones estériles y bárbaras que hay más miseria, sino en las más prósperas y civilizadas” (1772). M’Farlane sabía lo que fingen ignorar los economistas de hoy: una nación rica debe consumir sus propias relaciones de subsistencia —es decir: romper su propio metabolismo con la naturaleza— para poder sobre-enriquecerse. Es decir que para crear sobre-riqueza, debe fomentar miseria. Tal es la regla de oro del capitalismo. Contrariamente al agua que moja el café en una cafetera, la abundancia de los ricos no penetra la sociedad hasta llegar a los pobres, como lo creía Adam Smith. Jeremy Bentham, el primer empresario que logró realizar ganancias en la administración de una casa de pobres organizada como una prisión modelo, nunca dio crédito a la hipócrita teoría de la filtración de las riquezas con la que se persignan los economistas modernos que hacen política. Con un cinismo franco que restaría votos a cualquier político contemporáneo, pudo afirmar que la tarea del gobierno no consiste en aliviar la miseria, sino en incrementar las necesidades de los pobres para volver la sanción del hambre más eficiente. Urgió a los ricos extraviados en la benevolencia a reconocer que “[en] el estado de prosperidad más elevado, la gran masa de los ciudadanos tendrá

probablemente pocos recursos fuera del trabajo diario y estará siempre al borde de la indigencia”. El filósofo Edmund Burke, autor de una teoría de lo sublime, abunda en éste sentido, pues, sólo la amenaza de la miseria permite a los hombres que su condición destina a los trabajos serviles aguerrirse a los peligros de las guerras y la intemperie de los mares: “Fuera de los apuros de la pobreza, ¿qué podría obligar a las clases inferiores del pueblo a enfrentar todos los horrores que les esperan en los océanos tumultuosos y los campos de batalla?” (1795). Por el caso de que los ricos aún no lo entendieran, el filósofo de lo sublime recalca que todas las veleidades de socorrer a los pobres provienen de principios absurdos que profesan realizar lo que, por la misma constitución del mundo es impracticable: “Cuando afectamos tener piedad por esa gente que debe trabajar —sino el mundo no podría subsistir— estamos jugando con la condición humana” (Burke, 1795). Por tanto, explica, la verdadera dificultad no es socorrer a los hambrientos, sino limitar la impetuosidad de la benevolencia de los ricos. La voz del reverendo Joseph Townsend es consonante con la de éstas autoridades filosófico-económicas: “El hambre domará a los animales más feroces, enseñará la decencia y la civilidad, la obediencia y la sujeción a los más perversos. En general, sólo el hambre puede espolear y aguijar a los pobres para hacerlos trabajar” (1784).

Ahora bien, la Iglesia pidió sucesivamente perdón a los judíos por haberlos perseguido, a Giordano Bruno por haberlo quemado vivo, a Galileo por haberlo condenado, pero la Economía nunca pidió perdón a los pobres. Hoy, aprendió simplemente a disfrazar su cinismo estructural atrás de una máscara de *evergetismo*, entendiendo ésta palabra en su sentido literal, de comisión ostentosa del bien *do-gooding*, dicen los americanos críticos. El “bien” proclamado desde las cumbres del poder: en sociedades que se quieren democráticas, la cínica

franqueza de los primeros economistas liberales se ha vuelto políticamente contra-productente.

VI. El desvelamiento de lo que los fundadores de la economía veían con claridad y que sus seguidores hacen profesión de ignorar

Lo que llamamos “la crisis” es un momento en que la lotería económica ya no tiene premios de consuelo para los más pobres y en que la ventaja de los jugadores medianos se reduce cada vez más, mientras que la suerte de los astutos de ayer se juega nuevamente en la Bolsa y produce, por un lado, nuevos pobres y, por el otro, un nuevo tipo de riqueza que ya no se evalúa en cantidades aritméticamente identificables sino en números que para el hombre común suenan imaginarios, “zillones” dicen los norteamericanos. En México, país otrora orgullosamente pobre, alimentamos el primer “zillonario” del mundo, una hazaña digna de figurar en el *Guinness*.

Según el Banco Mundial, los pobres representarían actualmente el 56% de la población mundial: mil doscientos millones viven con menos de un dólar al día y son declarados “pobres absolutos” y dos mil ochocientos millones serían “pobres relativos”, con más de un dólar y menos de dos¹². Otra vez, la objetividad fría de los números oculta una realidad más inquietante: por cierto, la disparidad entre los ingresos no deja de crecer en todo el mundo. Pero, lo que no dicen el Banco, ni la ONU, ni los economistas, porque no tienen conceptos para expresarlo,

¹² Recientemente, dos autores han criticado la definición de las personas por lo que NO son, NO tienen, NO ganan y la ignorancia de sus verdaderas capacidades, su potencia, su *conatus*. Ver Majad Rahnema y Jean Robert (2008), *La Puissance des pauvres*, Arles: Actes Sud, 2008; libro en el cual algunas de las ideas expresadas en éste artículo se encuentran en forma más elaborada (traducción española disponible en el CIDECI o con el autor).

es que, hace medio siglo, la mayoría de los hombres aun disponían de saberes y de medios de subsistencia que les permitían vivir dignamente en la pobreza, mientras hoy dependen cada vez más de un mercado que los arroja a la miseria. Un verdadero dumping de mercancías y servicios, legalizado por los poderes económico-políticos, sancionado por bienhechores profesionales y las instituciones que los emplean ha contribuido a destruir la base de subsistencia multidimensional de los pobres. En los Estados Unidos, prototipo de los países con agricultura subsidiada, hasta la mayoría de los más pobres no dedica más de 16% de sus ingresos a la alimentación, mientras, en muchos países del Sur, los hogares pobres despojados de sus modos de subsistencia ancestrales gastan hasta la mitad de sus ingresos para comer y algunos ya setenta y cinco por ciento.

El magistrado francés Jean de Maillard, conocido por sus luchas contra el crimen financiero organizado, considera que éste podría volverse pronto el modelo del conjunto de la economía. Como todas las operaciones ilícitas tienen una vertiente material (barcos que cargar y descargar, “mercancía” por almacenar, movimientos de dinero por contabilizar), de Maillard estima que un número cada vez más considerable de empresarios, abogados, banqueros, policías y funcionarios ya ponen a sabiendas sus competencias profesionales al servicio del crimen organizado (1998). Como estas actividades son rutinariamente integradas a su quehacer profesional, se puede decir que son empleados del crimen organizado a tiempo parcial. Por ejemplo, se estima que veinticuatro mil empresas japonesas de las más respetables ya están de hecho bajo control *yakusa*, es decir de las mafias locales.

Recordemos: el mismo año en que se hundió el Titanic, Rosa Luxemburgo escribía:

[...] la acumulación de capital es un proceso metabólico que se desenvuelve entre modos de producción capitalistas y no-capitalistas. [...] no puede efectuarse sin estos últimos, pero además, [...] consiste en su corrosión y su asimilación. [...] La desagregación continua y progresiva de las formaciones no-capitalistas es la condición de existencia del capital (Luxemburgo, 1970).

En cien años, la estructura-guerra del capitalismo ha destruido gran parte de los mantillos no-capitalistas que nutrían el proceso de acumulación. Lo que ésta guerra destruye ahora son los terruños, las percepciones de sí y del mundo, la encarnación del cuerpo, la materialidad de las cosas, los últimos *saberes* de subsistencia, el sentido común y las convicciones éticas de los pueblos. Habiéndose vuelto abiertamente inmoral, burlándose de todas las leyes, la economía persigue hoy a los defensores de sus territorios ancestrales como si ellos fueran los criminales. Gustavo Esteva tiene razón: urge proclamar el estado de emergencia. Me parece que uno de los primeros actos necesarios es realizar un panorama de todo lo que pueda contribuir a regenerar la actividad política, acción que requiere un cambio de percepción radical del valor de las cosas.

VII. Los pobres reinventan la política: de la emergencia nacional a las emergencias creativas locales

Amé a México como un país orgulloso de ser lo que era, un pueblo con enjundia. Hace treinta años, un compañero del centro de la capital cortó la palabra a un ecologista alemán que lo había calificado de “pobre”: “Perdón señor, no somos pobres ni somos ricos, somos Tepiteños”. Este país, admirable en su capacidad de hacer mucho con poco —cuando los economistas ya alababan los que hacían poco con mucho, porque son ellos los que hacían crecer la economía— se ha

metamorfoseado en una máquina de producir una nata de super-ricos sobre lodazales de miseria. La máquina que enriquece, escribe Gustavo Esteva en su contribución al seminario de fin de año 2011-2012 en la Universidad de la Tierra de Chiapas, es la misma que la que despoja¹³. Esta máquina, dice por su parte el Subcomandante Marcos, es una máquina de guerra que “está destruyendo el último reducto que le queda a una nación: el tejido social” (Marcos, 2011).

La máquina que destruye el tejido social tiene dos vertientes: el Mercado y la Democracia. El Mercado —por supuesto capitalista, pero ¿queda otro?¹⁴— es la red de centros interconectados a partir de la cual la Economía reestructura todo territorio sometiénolo a la ley “universal” de la escasez. La democracia, bajo la égida de la economía, se reduce a ser el aparato de Estado puesto al servicio del Mercado. Es el monopolio “legítimo” de la violencia reprimiendo a los defensores de sus territorios. La democracia, apunta Esteva, se ha transformado en una forma de fundamentalismo. Cita al respecto un artículo de la revista española *Archipiélago*: “¿No será ésta nuestra peculiar variante de fundamentalismo? ¿No se tiene a sí mismo por el único camino verdadero en vez de uno más entre los posibles o deseables? ¿No comparte con otros fundamentalismos análoga pretensión de verdad definitiva y conquista irrenunciable?... ¿No se adorna de una misma ceguera respecto de sí mismo?” (2011-2012).

En otras ponencias y escritos, Esteva no deja de insistir en que el defecto central de la democracia moderna es su desprecio de las escalas, es decir de la noción misma de escala adecuada y de justa proporción. El *poder del pueblo* —que es lo que los griegos querían

¹³ Gustavo Esteva, “Pensar desde el abismo”, manuscrito.

¹⁴ Hubo otros, ver Alexander Chayanov (1975), “Sobre la teoría de los sistemas económicos no capitalistas”, *Cuadernos Políticos*, no 5, julio-septiembre, pp.15-31.

decir con *dèmo-cratía*— comparte una característica con todos los seres vivos y las sociedades tradicionales: sólo puede florecer dentro de *ciertas* magnitudes. La división formal del poder en tres instancias independientes, la legislativa, la ejecutiva y la judicial, tiene sentido y es factible en una nación de cierta dimensión, ni muy pequeña, ni muy grande. Introducirla a la fuerza en una comuna de unas pocas centenas de miembros que se conocen todos personalmente y donde la justicia puede ser compensatoria más que retributiva no tiene sentido. Tampoco lo tiene enfatizar la independencia de los tres poderes en un espectáculo electoral para decenas de millones de televidentes jugando a ser ciudadanos: en esta escala, la tan pregonada independencia de los poderes estará inevitablemente sumergida por los poderes mediáticos y se instaurará de hecho una situación que, a finales del siglo XVIII, los padres de la democracia moderna calificaron de tiranía: la concentración de los tres poderes en una sola mano.

El Estado desmedido y mediatizado crea dos ilusiones que motivan dos formas de uso abusivo de la fuerza: 1. A nivel local, en las comunas de Chiapas o Oaxaca, por ejemplo, el Estado reprime con violencia formas auténticas de poder del pueblo so pretexto que no se apegan al formalismo democrático oficial, imponiéndoles la estructura tripartita del poder junto con la corrupción de los partidos. Crea con ello un vacío de poder del pueblo, —verdadero déficit democrático— en todos los lugares que no sean los centros de poder expuestos a la luz de los proyectores. 2. El simulacro de poder del pueblo llamado Democracia excluye a la gente común y corriente, es decir los ciudadanos de carne y hueso. Les cierra el paso y los intimida por su escala, su alejamiento de los tejidos sociales vivos, la solemnidad de sus centros de coacción. Los actores del espectáculo democrático son eso precisamente: actores, es decir profesionales sobre-pagados del espectáculo.

Transformada en show mediático, la democracia ha degenerado en lo que Hannah Arendt llamó “gobierno de nadie”, ... una de las formas más crueles y tiránicas de gobierno porque nadie aparece como auténtico autor de las acciones y de los acontecimientos y todos actúan como meros engranajes de una maquinaria total de la que nadie está a cargo; todos estos “poderes” predicán, generalizan y arraigan formas de comportamiento homogéneas, atrapadas en la norma, sujetas a las disposiciones del mercado y del estado, configuradas y moldeadas desde arriba, que son condición para que la maquinaria pueda seguir funcionando.

En estos lugares, bajo estos proyectores, insiste Esteva, no hay nada que ganar ni tomar:

La lucha actual no consiste en conquistar un dispositivo de opresión con la ilusión de que será posible darle funciones emancipadoras. Lo que hace falta es dismantelar esa maquinaria estatal —como señaló Marx con claridad cuando examinó el caso de la Comuna de París—. Foucault nos lo ha planteado en términos elegantes y contemporáneos. [...] Lo que hace falta, subrayó [...] es una conmoción simultánea de ideologías e instituciones. [Puede ser poco útil] sustituir al capitán del barco, si el barco mismo es el problema. Y se está hundiendo (Esteva, 2011-2012).

Al principio de este ensayo, me preguntaba precisamente ¿qué hubiera pasado si...? ¿Si la clase dirigente del Titanic, en el momento en que reconoció su incompetencia en la nueva situación de emergencia, hubiera cedido sus poderes al pueblo? Peor que lo que ocurrió no pudiera haber pasado. Sugería que el último acto de poder que se podía esperar de los de arriba era el establecimiento de inventarios: inventarios de objetos y de saberes bajo el punto de vista del imperativo del momento: flotar, sobrevivir.

Tal inventario de los objetos requiere un cambio de perspectiva radical. La mirada ya no debe dejarse distraer por el valor convencional

atribuido a las cosas. De ahora en adelante, sólo valdrán por los usos que la emergencia les concederá. En tanto a los saberes, sería un error grave despreciar totalmente los conocimientos formales, teóricos, universitarios y profesionales. Pero hay que desagregarlos, fragmentarlos, permitir su relocalización. Hasta los saberes totalizadores o simplemente dotados de un carácter envolvente pueden adquirir un nuevo sentido

... a condición, precisamente, que la unidad teórica de los discursos en que se manifiestan esté, para decirlo así, suspendida, o por lo menos fragmentada a tirones, hecha hilaza, vuelta a revés, desplazada, caricaturada, teatralizada... (Foucault, 1994).

Esta revaloración de los saberes excesivamente formales por su fragmentación es necesariamente complementaria de lo que Foucault llamaba *retours de savoirs*, retornos de saberes empíricos, una expresión que, para los parisinos de su generación evocaba los *retours de flamme*, retornos de llamas de las estufas domésticas que hasta los años 1960 calentaban los cuartos individuales de las casas. Habiendo dejado que la emergencia disolviera las grandes totalizaciones de los conocimientos formales —ciencias y profesiones—, podrán recombinarse saberes viejos y nuevos, empíricos y teóricos en múltiples emergencias creativas. Buen intérprete de Foucault, Esteva concluye su ensayo con el esbozo de un inventario de saberes, capacidades reales y disposición a aprender y a cambiar. O quizás hubiera que invertir la lista y poner lo último primero.

Hay primero, dispersa pero ubicua, una voluntad de romper cadenas de servidumbre voluntaria. Para empezar a liberarse de un mercado que explota, engaña y envenena, ciertos habitantes de las ciudades empiezan a producir sus propios alimentos. Por ejemplo, la mitad de lo que se come en La Habana se cultiva en los jardines públicos, los

estacionamientos, las azoteas de la misma ciudad. En Pasadena, California, en un lote de un poco más de 300 metros cuadrados, se cultivan, en dos y hasta tres cosechas al año, tres toneladas de una gran diversidad de vegetales. Hay hortalizas hasta en el centro de la ciudad de México. Al mismo tiempo, emergen asociaciones de consumidores urbanos y productores rurales para crear una alternativa al mercado.

En el sur de México, la tradicional lucha por la tierra se convierte en defensa del territorio propio, el terruño como decía el maestro Andrés Aubry. Como lo aclaró hace un par de años un compañero indígena en el *Foro Nacional Tejiendo Resistencia por la Defensa de Nuestros Territorios* de Jaltepec:

Estamos en resistencia. No nos dejaremos vencer por esta nueva ofensiva neoliberal de despojo. Creemos profundamente en el valor de nuestras asambleas, del ejercicio de la autoridad vista como servicio, la propiedad colectiva de la tierra y la reconstitución de nuestros territorios como pueblos, como instituciones de las que obtendremos fortaleza (Esteva, 2011-2012)¹⁵.

Vía campesina, la mayor organización de campesinos de toda la historia, permite entrever la posibilidad de una réplica fuerte de los campesinos, esos pobres prototípicos (Perez-Vitoria, 2010). En México, hace cuatro años, los zapatistas convocaron a una Campaña Mundial por la Defensa de las Tierras y los Territorios Indígenas, Campesinos y Autónomos en Chiapas, México y el Mundo.

Otro acontecer esperanzador es el despertar de la calle:

Han tenido gran visibilidad múltiples manifestaciones del despertar colectivo que actualmente recorren el mundo. La primavera árabe, el

¹⁵ Ver la declaración de Nyéleni. Disponible en: <<http://www.nyeleni.org/spip.php?article291>>.

asalto a las plazas públicas que se extiende por todas partes, la erupción masiva tan intensa como la represión violenta que intenta apagarla, la marcha tenaz que todo lo desafía... Aunque lo reflejan y expresan, no debemos confundirlas con él. Las movilizaciones que tomaron por sorpresa a los poderes constituidos lo mismo que a los ciudadanos y los partidos son iniciativas valerosas y coherentes que desafían, a veces en forma espectacular, el comportamiento normalizado, previsible y predecible que se nos ha estado imponiendo. “Mis sueños no caben en tus urnas”, dijeron en Plaza del Sol. “Tener demandas sería pensar que allá arriba hay alguien que las pueda atender”, dijeron en la Plaza de la Libertad en Wall Street; “y eso es, exactamente, lo que ya no creemos”. Es ésta la novedad, lo que revela el carácter de estas acciones multitudinarias (Esteva, 2011-2012).

Pluralidad, invención, pensamiento: “así es la danza de los nadie contra el Gobierno de Nadie”, prosigue Esteva. En palabras de Raoul Vaneigem, los zapatistas fueron pioneros en este despertar, ya que... han emprendido la resistencia contra todas las formas de poder organizándose ellos mismos y practicando la autonomía. “Estos ‘sin rostro’, que tienen la cara de todos, están a punto de devolver a la humanidad su verdadera faz,” porque “en la crisis de nuestras democracias parlamentarias corroídas por la corrupción en todos los sitios y manipuladas también en todos los sitios por las empresas multinacionales” inventan una sociedad que libera “la vida cotidiana de la empresa económica en la que se encuentra reducida a un objeto de transacción mercantil”, o sea, libera la vida cotidiana de la prisión capitalista (Vaneigem, 2010).

El laboratorio político de los pobres no reproduce las formas convencionales de las organizaciones de clase y las estructuras partidarias. Sus replicas a la negación y a la represión tienen una

multitud de nombres: foros, coaliciones, coordinadoras, espacios, congresos, alianzas, organizaciones de barrio, de comunidad, de pueblo. Esteva apunta que uno de sus principales adversarios son las mafias y bandas políticas y económicas, legales e ilegales, que intentan controlar todos los territorios. Parafraseando a Foucault, diría yo que, bajo la sombra del Estado, no absolutamente todo es malo, pero todo es peligroso. ¿Aún se pueden imaginar alianzas y coaliciones entre fragmentos no enteramente corruptos de poder estatal y las nuevas emergencias políticas de los pobres?

Me abstengo de contestar, porque lo ignoro.

Termino este esbozo de inventario de emergencias creativas mencionando una entrevista a Sylvia Marcos sobre “el deber de los indígenas” hacia la sociedad mexicana (2012: 66-72). Siempre se habla de la deuda de nuestra nación con sus ciudadanos indígenas, pero no se menciona lo suficiente la obligación recíproca de los indígenas hacia el país entero. Aunque parezca irónico hablar de un deber moral de compartirlas después de cinco siglos de asesinatos, de opresión y de destrucción por los blancos, ladinos o caxlanes, las comunidades indígenas tienen prácticas comunitarias, sentidos de la escala justa y de la proporción de las que adolece trágicamente la política llamada “nacional”. Lo que practican y reinventan es lo que Sylvia Marcos llama la política de cercanía, un concepto negado y hasta reprimido por los aparatos políticos oficiales. Hablar aquí de “obligación” presupone un sentido de fraternidad contrario a las corrientes históricas. Es también manifestar que es tiempo de que cambien relaciones indignantes.

Concretamente, las aportaciones políticas de los pueblos indígenas son las Juntas de Buen Gobierno de Chiapas, las policías comunitarias de Guerreo, la defensa de los bosques, el agua, el aire, los territorios y los espacios sagrados, como lo están haciendo los pueblos de Ostula,

de Cherán, o los huicholes con Wirikuta. En este sentido, tienen mucho que enseñarnos en relación con la organización comunitaria y la autodefensa.

En la acción común, la diferencia entre “ricos” y “pobres” pierde su carácter abismal. La defensa de la subsistencia comunitaria lleva a multiplicar relaciones polivalentes de soporte mutuo. El tejido social no es un objeto que se pueda restaurar o recuperar por decisiones de arriba. Es una hamaca viva —otra idea de Esteva— que se fortalece con usarse.

Bibliografía

Burke, Edmund (1795), *Thoughts and Details on Scarcity*.

Celan, Paul (1998) *A voice... Translation of Selected Poems*, Puckerbrush Press.

Chayanov, Alexander (1975), “Sobre la teoría de los sistemas económicos no capitalistas”, *Cuadernos Políticos*, no 5, julio-septiembre, pp.15-31.

Davezies, Laurent y Veltz, Pierre (2006), «Les métamorphoses du territoire: nouvelles mobilités, nouvelles inégalités», *La nouvelle critique sociale*, París: Seuil.

Diamond, Jared M. (2005), *How Societies Choose to Fail or Succeed*, New York: Penguin.

Duden, Barbara (1992) “Population”, *The Development Dictionary. A guide to Knowledge as Power*, Londres: Zed Books, pp. 146-157.

Dumouchel, Paul y Dupuy, Jean-Pierre (2009) « L’ambiguïté de la rareté », y *L’enfer des choses*, Paris: Seuil.

Dupuy, Jean-Pierre (2002), *Pour un catastrophisme éclairé. Quand l’impossible est certain*, Paris: Seuil, 2002.

Jean Robert. *Los pobres reinventan la política*

- Esteva, Gustavo (2011-2012), "Pensar desde el abismo", manuscrito.
- _____ (1991), *La panique*, Paris: Les empêcheurs de penser en rond, 1991.
- Farlane, John M. (1772), *Enquiries concerning the Poor*.
- Foucault, Michel (1994), *Dits et Écrits*, vol. II (1976-1988), Paris: Gallimard.
- Galeano, Eduardo (2004), *La venas abiertas de América Latina*, México: Siglo XXI.
- Illich, Iván (2008), *El trabajo fantasma*, *Obras reunidas II*, México: Fondo de Cultura Económica, pp. 41-177.
- Luxemburgo, Rosa (1970), *Die Akkumulation des Kapitals. Ein Beitrag zur ökonomischen Erklärung des Imperialismus* Frankfurt: Singer.
- Maillard, Jean de y Grézaud, Pierre-Xavier, *Un monde sans loi. La criminalité financière en images*, Paris: Stock, 1998.
- Marcos (2011), "Carta primera a don Luis Villoro del subcomandante insurgente Marcos", *Rebeldía*, enero-febrero.
- _____ (2010), *La rebelión de la memoria. Textos del subcomandante Marcos y del EZLN sobre la Historia*, 2da edición, San Cristóbal de Las Casas: Universidad de la Tierra.
- Marcos, Sylvia (2012), "La aportación indígena a la democracia", *Conspiratio 15*, enero-febrero, pp. 66-72.
- Narayan, Deepa (2001), directora del proyecto y compiladora, *La parole est aux pauvres. Écoutons-les*, Paris: Eska.
- Perez-Vitoria, Silvia (2005), *Les paysans sont de retour*, Arles: Actes Sud, 2005.
- _____ (2010), *La Riposte des paysans*, Arles: Actes Sud.
- Pingeon, Gilbert (2012), *T*, Lausanne: Éditions de l'Aire, 2012.
- Polanyi, Karl (1989), *La gran transformación*, Madrid: La Piqueta.

Rahnema, Majid (2003), *Quand la misère chasse la pauvreté*, Paris, Arles, Fayard / Actes Sud.

Robert, Jean (2007), "Place in the Space Age", *Asking, we walk. The South as new political imaginary*, Book Two, Bangalore: Streelekha Publications, pp. 330-350.

_____ (1998), *Raum und Geschichte*, Hagen: FernUniversität.

Samuel, Sajay y Robert, Jean (2011), "Water Can and Ought to Run Freely: Reflections of the Notion of 'Scarcity' in Economics", *The Limits to Scarcity. Contesting the Politics of Allocation*, New Dehli: Orient Blackswan, pp. 109-126.

Tamanoy, Yoshiro, Tsuchida, Atsuchi y Murota, Takeshi (1984), "Towards an Entropy Theory of Economy and Society", Paris: *Économie Appliquée* No. 37, pp. 279-294.

Townsend, Joseph (1784), *Dissertation on the Poor Laws*.

Vaneigem, Raoul (2010), *L'État n'est plus rien, soyons tout*, Paris: Rue des Cascades.

Jean Robert: Arquitecto suizo que emigró a México en 1972. Actualmente es profesor de la Facultad de Arquitectura de la Universidad Autónoma del Estado de Morelos UAEM. Entre sus últimas publicaciones destacan: *Crisis, el despojo inmune* (2010), *La puissance des pauvres* (2008), *Le retour de Caïn. Réflexions sur les origines et la mort des villes* (2005).